EL MAESTRO DE ESCUELA

(CUENTO)

Por

EMILIANO AGUADO

Una mañana tibia de abril, cuando todas las cosas cobran esa dulce vaguedad que anuncia la Semana Santa, llegaba a Rineda un hombre aun joven, de recio porte y buena estatura, que llevaba en sus manos su pobre equipaje y que, al preguntar si Rineda era aquel pueblecito humilde perdido en la montaña, dijo que era maestro y que iba a tomar posesión de la escuela. Ni frío ni calor dejó entre aquellas buenas gentes la llegada del maestro; habían visto ya muchos, que, pasado algún tiempo, se marchaban en busca de mejores pueblos y quizá de gentes más refinadas. Por eso, sin muchos miramientos, se le condujo a la casa más confortable de Rineda y, sin reparar en la mezquindad de su equipaje, cada cual reanudó sus quehaceres ordinarios.

Al día siguiente, abierta ya la escuela, comenzaron a entrar muchachos descalzos y casi desnudos; luego, cuando el maestro les preguntó qué sabían y si eran buenos escolares, supo que acudían a la escuela cuando no requerían su trabajo las faenas del campo y que aprender lo más indispensable era el mejor modo de emplear las temporadas de ocio forzado y de prepararse más para la lucha de la vida. Los padres querían que en la escuela no se enseñara más que letras y Aritmética. Y así había de ser. Poco a poco, el recién llegado iba adueñándose del corazón de sus discípulos, pero al mismo tiempo iba alejándose más y más de los hombres del pueblo, y no porque fuera arisco, sino porque gustaba de pasar horas y más horas sumido en un silencio impenetrable, por donde, según las conjeturas que solían hacerse, corría un tropel de memorias que nadie era capaz de adivinar. ¿Por qué no hablaba el maestro más que con los niños? Mientras permanecía en su casa sentado o leyendo algún libro, que luego guardaba cuidadosamente en una mesita con llave, acogía con buen semblante lo que le daban, no ponía jamás reparo a lo que se le decía y sus comidas eran siempre iguales. Ni rechazaba las mal condimentadas ni mostraba el más leve indicio de alegría cuando la pobre vieja que tenía en su casa le servía algún plato extraordinario.

Toda la capacidad de gozo de aquel hombre se anegaba en el silencio. ¿Por qué ese empeño en salir al campo muy de mañana y encerrarse luego en la escuela como si huyera de los hombres? ¿No eran amables con él? ¿No le ofrecían siempre con respeto el lugar más señalado en los días de fiesta y en las ocasiones solemnes de la vida pueblerina?

—Me parece que el maestro que nos han mandado está enfermo—dijo un día el alcalde.

—No creo yo eso... Si no fuera ofender al cielo, yo diría que este hombre abriga algún remordimiento — sentenció el médico—. ¿Por qué no quiere hablar con nosotros? Pues, en mi entender, porque en la conversación es donde se conocen los hombres. ¡Que Dios me perdone si pienso mal!

—¿Y qué remedio cabe?—preguntó el alcalde cabizbajo.

—A mi juicio, el de esperar. Porque podríamos engañarnos y perjudicarle haciendo juicios temerarios—contestó el médico—. Pero si mis sospechas se confirman, habrá que echarle de aquí, aunque sea a palos; porque no podemos tolerar que enseñe a nuestros hijos un hombre con la conciencia mancillada. Dios nos abrirá puertos de claridad.

—¿Y si este hombre que parece un ogro no creyera en Dios?—insinuó el alcalde con voz entrecortada por el recelo.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Vértice. #71, 2/1944.